

PILAR PASCUAL



I. LA ONIROMARCA SECRETA

MUNDO SUEÑO



edebé

MUNDO SUEÑO



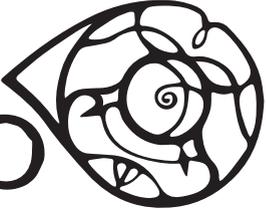
I. LA ONIROMARCA SECRETA

y la historia ilustrada de

Simón Balvatin y el Enigma de Tot

Pilar Pascual

MUNDO SUEÑO



I. LA ONIROMARCA SECRETA

*y la historia ilustrada de
Simón Balvatin y el Enigma de Tot*

edebé

©del texto, Pilar Pascual, 2016
©de las ilustraciones, Pilar Pascual, 2016

Proyecto y dirección: EDEBÉ
©Ed. castellana: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebé.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Fénix Factory

1.^a edición, septiembre 2016

ISBN: 978-84-683-1918-6
Depósito Legal: B. 13.837-2016
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

<i>Agradecimientos</i>	7
<i>Dedicatoria</i>	9
1. El profesor Balvatin	13
2. Visitas extrañas	31
3. El peligro acecha	47
4. El secreto de la Historia	67
5. La oniromarca	83
6. Donde se desvelan algunos secretos	103
7. El buscador	119
8. La Puerta del Sueño	137
9. <i>El Barco de los Mil Destinos</i>	155
10. Eventos inesperados	173
11. Un ansiado encuentro	191
12. La convención	205
13. Melisande	217
14. El anillo	235
15. La llamada de la señora Guilmaril	247
16. Preguntas y respuestas	259
17. La montaña ignota	271
18. El <i>oráncanus</i>	283
19. Se mueven los hilos	295
20. La llegada	307
21. La petición	323
22. Corazón azul, corazón sin luz	341
 <i>Simón Balvatin y el Enigma de Tot</i>	 353

Agradecimientos

Gracias a aquellos familiares y amigos que, desde el principio, creyeron en mí y en esta obra. Gracias sobre todo a Fernando J. Múñez, marido y escritor, por haberme acompañado hasta en la palabra más pequeña de este libro, y por haberme guiado hasta Rosa Moya. Gracias a Rosa Moya, persona especial, por su constante aliento y por haber hecho que conociera a Isabel Martí. Gracias a Isabel Martí, mi agente, por su fe en mi pluma y por haberme llevado hasta Reina Duarte. Gracias a Reina Duarte, mi editora, por su ilusión y su apuesta, por su forma de trabajar.

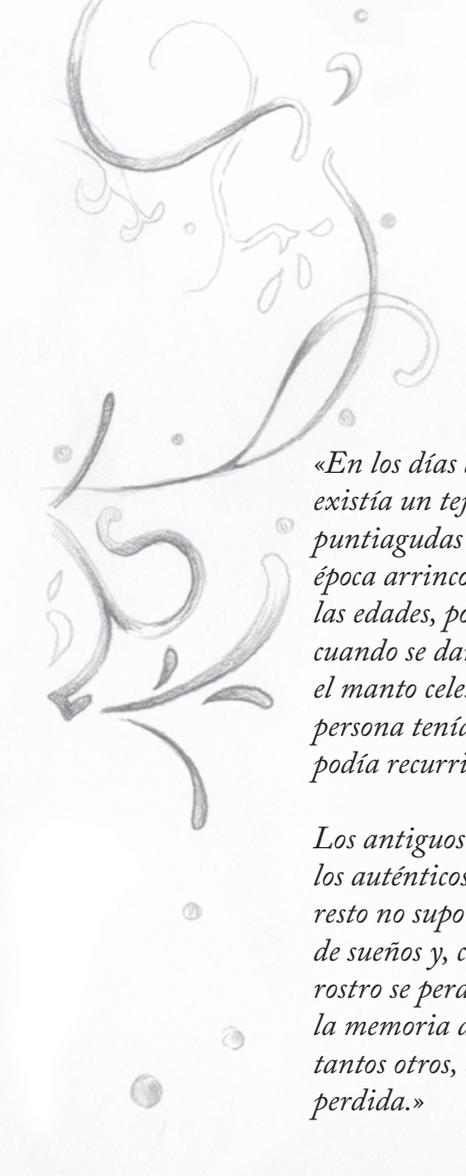
El camino hasta que un libro se publica es como la vida, un crisol de casualidades. Sin ninguna de estas personas habría sido posible que esta obra viera la luz. A todas ellas les estoy muy agradecida.

Dedicatoria

Esta obra es para ti, Nando, por tantos años irrepetibles de magia, sueños y aventuras. También para ti, José Carlos, que tantas ganas tienes de vivirlas, y ahora que tienes en tus manos este libro quiero que te preguntes qué es un sueño. ¿Es algo que sucede mientras duermes y que cuando te despiertas deja de tener importancia? ¿O también soñar es un deseo, una aspiración, un anhelo? Como desear que llegue el verano, o aspirar a ser futbolista, o anhelar que alguien que te gusta te corresponda... ¿Y qué ocurre cuando vas fantaseando despierto con tus propios pensamientos? ¿Es eso soñar? ¡Ah, pero entonces se puede soñar despierto! Y las pesadillas, ¿son sueños? Cada persona a la que preguntes tendrá una opinión, pero la mayoría te dirá que soñar es, simplemente, lo que sucede cuando duermes. Y es cierto, pero yo creo, además, que los sueños son los libros. Si te dijera que los sueños forman parte de la vigilia, o que toda la vigilia es un solo sueño, en realidad no habría mucha diferencia. Esto lo sabrás inevitablemente cuando seas mayor. Pero si ya has pasado la tarde entera delante de un libro con el corazón en vilo y aguantando las ganas de ir al baño o de cenar para poder seguir leyendo, deseando avanzar todo lo que pudieras antes de que te mandaran a dormir..., entonces ya estabas soñando. Y todo ello debido a ese libro, a cuyos personajes tuviste que decirles adiós con pena, deseando saber más de ellos, de su aventura, de su vida... Por eso los mejores sueños se esconden en los libros; son, de hecho, los libros. Los libros te revelarán secretos, la magia del mundo,

historias que no podrías haber vivido de otra forma; llorarás con ellos y te alegrarán las tardes de invierno, y por todo esto nunca, nunca, te abandonarán del todo cuando cierres sus tapas. Siempre queda algo de ellos en nosotros. Y verás, como sucede con los sueños, hay libros buenos y malos. Libros inolvidables, y otros que no merecieron mucho la pena. Es parte de tu aventura encontrar esas joyas que te acompañarán siempre. Siempre que encuentres uno de esos guárdalo, y ve construyendo poco a poco tu biblioteca.

Si ya has comprendido que los libros son sueños en realidad, sabrás, inteligente como eres, que una biblioteca es un baúl de sueños: los tuyos. Cuando alguien la mire, te conocerá por tus libros, que son tus sueños, y cuando vayas a casa de un amigo y veas los libros que guarda en la suya, tú le entenderás mejor. Los libros hablan en su propio idioma silencioso. Y el día que tengas la edad que yo tengo ahora tal vez eches la vista atrás y veas que en ese lugar en tu casa donde empezaste a formar tu propia biblioteca, tienes el mayor de los tesoros: los libros con los que empezaste a soñar desde pequeño, con los que seguiste soñando cuando te hiciste joven, y los que, al ser ya mayor, te hicieron darte cuenta de que todos seguimos siendo niños, aun siendo viejos, si no dejamos de soñar. Solo espero que la aventura de Rebeca Balvatin forme parte de las tuyas, de la mejor de todas: la que tienes por vivir.



«En los días antiguos, contaban las leyendas que existía un tejedor de sueños de piel azul, orejas puntiagudas y alas transparentes. En aquella época arrinconada por el paso de los años, las eras, las edades, por los siglos de tiempo de la historia, cuando se danzaba sobre el agua y solo se tenía el manto celeste como techo, era sabido que si una persona tenía pesadillas o algo la atemorizaba, podía recurrir a él en busca de ayuda.

Los antiguos le llamaban Morfeo, y solo algunos, los auténticos soñadores, llegaron a conocerle. El resto no supo mucho más acerca del urdidor de sueños y, con el paso de los años, su nombre y su rostro se perdieron entre las galerías olvidadas de la memoria de los pueblos, convirtiéndose, como tantos otros, en un mito. En una leyenda perdida.»

Capítulo uno
El profesor Balvatin

La casa fue descubriéndose, anciana y gruñona, según se acercaron. Era una casa singular, con carácter, desafiante incluso. Una casa por la que la vegetación había medrado sorprendentemente frondosa para ser invierno; de dos pisos, con ventanas arrebujadas entre la tupida madreSelva, que no necesitaba esforzarse para intimidar a los curiosos. Una casa, pensó Rebeca al escudriñarla, que olía de lejos como un baúl antiguo donde se guardan libros olvidados junto a plumas de escribir y relojes de cuerda. Y allí, bajo su aspecto amenazante, se alzaba un muro de piedra que la rodeaba abrazando toda su estructura y sus jardines e impidiendo el paso a los extraños. Tan solo a través del portón enrejado, atrapado por el óxido, podía verse la parcela. A Rebeca le bastó un vistazo para comprender que hacía mucho tiempo que aquella verja no se abría para nadie. Percibió de golpe un cerrojo grande y pesado en ella, un jardín descuidado, las cortinas echadas, y sobre el tejado y en la columnata de la entrada, cuatro gárgolas de piedra tan tétricas que auguraban un mal recibimiento. ¿A quién se le habría ocurrido la idea de colocarlas allí? Todo, brazos, boca, pecho, espalda, piernas, estómago, todo se encogió en Rebeca con un escalofrío. La casa emanaba una profunda soledad y ella, con sus recién cumplidos doce años, sintió miedo.

Sin embargo, el miedo de Rebeca realmente había empezado antes de su llegada a aquella casa. Había surgido días atrás, y con él se habían intensificado también las pesadillas que le impedían conciliar el sueño por las noches desde la ausencia de sus padres. La jueza tutelar, Felicia Kraus, una mujer mayor, flaca y con arrugas profundas en la cara y el cuello, la había mirado con unos afables y vivos ojillos verdes, y le había explicado que tenía que enviarla a la casa de su abuelo. Sus padres habían desaparecido sin dejar rastro aquel viernes. Tras las clases, ella había esperado a que volvieran del trabajo, como siempre, viendo una película en el salón dando por sentado que la puerta de su casa se abriría en cualquier momento. Pero pasó la tarde y llegó la noche, y continuó la espera hasta el amanecer cuando, asustada, había avisado a sus vecinos. ¿Cuántos días habían pasado desde aquello? Por lo menos veinte. Ya estaban en Navidad. Las vacaciones habían comenzado alegremente para sus compañeros de clase, pero para ella, atormentada por la súbita ausencia de sus padres, importaba poco ahora el interludio invernal que tanto había deseado disfrutar semanas antes.

Madre y padre desaparecidos. Tal cual. ¿Así se sentían los niños huérfanos? ¿Abandonados, muertos de miedo, desvalidos y, en definitiva, solos? No quería pensar mucho en ello. Tenía que ser fuerte e intentar no preocuparse, le había repetido varias veces el afable asistente social que la traía en furgoneta hasta el caserón de su abuelo; un hombre muy grande y grueso, de prominente barriga, espeso mostacho y mejillas abultadas y sonrosadas, que la había tratado con especial simpatía durante todo el trayecto. Rebeca trató de olvidarse del miedo preguntándose cómo sería por dentro la casa y, sobre todo, cómo sería él, su abuelo. ¿Le reconocería? Por supuesto que no, imposible. No podía re-

cordarle, ella era muy pequeña, apenas un bebé, la última vez que habían estado juntos. En alguna ocasión había preguntado por él a sus padres, que conservaban por casa muchas fotografías de él y de la abuela, fallecida antes de nacer ella, y había recibido por toda respuesta la sucinta frase: «El abuelo vive solo y alejado de la gente, pero nos quiere, nos quiere mucho».

Por eso no podía creerse que ella estuviera ahora delante de su casa y menos aún que fuera a vivir allí. Temporalmente, claro. Este pensamiento hizo que le temblara la barbilla y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contener las lágrimas. «Temporalmente, temporalmente», se decía a sí misma. Prefería aferrarse a la esperanza de que ellos volverían pronto con una explicación lógica. No una, ¡muchas! Pronto volverían sus padres cargados de razones. Todo cobraría sentido y ella regresaría a su vida normal. Podría contarle a los compañeros de clase, que la habían mirado con pena, y decirles que todo estaba bajo control, que su vida había vuelto a la normalidad. Y no estaría tan mal conocer al abuelo, después de todo, seguro que no. Le habían notificado previamente por carta oficial su llegada a la casa, así que debía de estar esperándola y, como cualquier abuelo, tendría ganas de pasar una temporada con su nieta. Claro que cualquier abuelo no vivía «solo y alejado de la gente».

El asistente social apagó el motor de la furgoneta, le sonrió animosamente, y descendió del vehículo. Rebeca bajó también, pero se quedó parada unos instantes contemplando el caserón. El hombre se acercó hasta los muros que rodeaban la propiedad y llamó al timbre, algo oxidado, que estaba junto a la puerta. Esperaron un poco, pero no apareció nadie.

—Si no viene pronto tu abuelo, pillaremos un resfriado los dos —le dijo con buen humor.

La lluvia de esa fría mañana de invierno empezaba a caer con fuerza. El hombre miró a través de la reja verde de la puerta, coronada por estrellas puntiagudas al final de cada barrote. Volvió a llamar al timbre, con el mismo resultado. Rebeca desvió por casualidad su mirada hacia una ventana del primer piso y, de súbito, vio a un anciano de pelo blanco y ceño fruncido entre las cortinas. El asistente miró también hacia allí y dio un respingo al verle.

—¿Señor Balvatin? ¡Buenos días!

El hombre hizo una seña con la mano y miró a Rebeca, que le miró a su vez.

—Soy el asistente, ¡vengo a traerle a su nieta!

El anciano desapareció de la ventana sin hacer ningún gesto. Pasados unos minutos se oyó un chasquido metálico seguido del ruido de un mecanismo, y la verja se abrió lentamente. Rebeca miró atónita al percibir que aquella cancela de hierro se movía fluidamente gracias a un complejo sistema de minúsculas poleas, de ruedas dentadas engranadas entre sí con perfección relojera, de ejes superpuestos y cruzados, de cadenas diminutas enlazadas que giraban en diferentes direcciones. Era tan pequeño que uno necesitaba acercarse con una lente de aumento para poder apreciar el conjunto armónico de las piezas. ¿Qué manos habrían sido capaces de construir semejante artificio? Ni siquiera las de un niño eran tan pequeñas y precisas.

—Menuda obra de artesanía, ¿eh? —le dijo el asistente, sonriéndole. Después se aclaró un poco la garganta, le revolvió el flequillo y añadió—: Bueno, adiós, Rebeca.

Ella no pudo decir nada. Tenía un nudo en la garganta y estaba nerviosa. Esbozó como pudo una temblorosa sonrisa y dio un paso hacia delante tratando de ser valiente, con una pequeña maleta en cada mano.

—Tranquila, aquí estarás bien —la animó el grueso hombre, y de golpe se arrodilló enfrente de ella y le dijo con voz cálida—: Escucha, puede que al principio no te lo parezca, pero tu abuelo está muy contento de que estés aquí. Confía en él, y confía en la jueza Kraus: Felicia nunca te enviaría a un lugar donde correrías..., en el que pudieran tratarte mal.

Rebeca asintió. El asistente social dio media vuelta y esperó pegado a la verja mientras ella se adentraba en el jardín. Siguió el sinuoso paseo de baldosas profusamente decoradas, entre las que la hierba había crecido salvaje y alegre, sin control alguno. Le llegaba casi hasta las rodillas. El asistente social se introdujo en la furgoneta. Ella siguió el camino hasta la puerta, grande y pesada, de la entrada. La empujó un poco y comprobó que estaba abierta. Por el quejido que emitió al chirriar los goznes, parecía que llevaba años sin abrirse. Rebeca volvió la cabeza hacia la calle: el asistente estaba esperando para verla entrar, así que penetró definitivamente en la casa y el hombre se despidió de ella con la mano en alto, arrancó el motor y se marchó.

—Pasa y cierra la puerta —le dijo una voz, severa y ronca, desde el interior.

La casa era pulcra. Olía a naftalina y a leña. El fuego de la chimenea del salón, al fondo, estaba casi extinguido y solo quedaban unas cuantas brasas resplandecientes entre las cenizas. Sobre la chimenea había un tapete bordado y, sobre él, un pequeño jarrón con lavandas y una vela encendida. Había libros desperdigados por todas partes. Libros sobre los sillones de tela, sobre el suelo y sobre un buró. Libros desparramados, abiertos y cerrados, pequeños y grandes, sobre la mesa del salón. Una pila de ellos apenas encontraba sitio encima del viejo aparador del recibidor. Otros habían sido amontonados al pie de este y a la izquierda, por la rendija de

una puerta entreabierta, Rebeca pudo ver que ni siquiera la cocina había sido respetada por los volúmenes, que invadían los fogones, la mesa del desayuno e, incluso, le pareció ver dos o tres en la encimera y en lo alto del frigorífico. Aparte de esto, todo estaba en orden; hasta el polvo que cubría las diferentes cubiertas de los tratados que llevaban mucho tiempo sin ser leídos ni movidos de sitio parecía estar en el lugar que le pertenecía.

Rebeca dejó sus dos pequeñas maletas en el suelo, conformado por tablones de madera circulares, tallados en forma de espiral, unos más grandes y otros más pequeños. «Qué suelo tan extraño», pensó. De pronto se percató de la presencia imponente del abuelo, que la observaba. Estaba sentado en una pequeña salita con las paredes empapeladas de rayas a media altura, a la derecha del recibidor, junto a una gran ventana que daba al jardín delantero de la casa. Tenía la barba blanca y encrespada; el cabello descuidado y algo largo, blanco también; el rostro enjuto y sus ojos, azules como los de su padre, recordaban una carta antigua bajo las cejas rebeldes y pobladas. Llevaba unas gafas plateadas y un periódico en las manos y, sin saber por qué, Rebeca sintió al mirarle la misma sensación que cuando uno abre un libro por primera vez. Era un anciano regio, de aspecto serio y manos grandes, flacas y nudosas. Y era viejo, viejísimo, pero tenía una mirada prodigiosamente intensa y vivaz, como si un alegre sonajero se agitara en su interior. Sin embargo, el matiz severo con el que enarcaba sus cejas desdibujaba el júbilo de aquellas pupilas y confundía. Le bastó un vistazo para darse cuenta de que era imposible figurarse aquella casa, que olía a lavanda, papel y leña, sin él.

—Papá y mamá han desaparecido —dijo Rebeca tímidamente desde el pasillo— y nadie sabe dónde están, pero

seguro que los encuentran pronto, así que estaré poco tiempo aquí y... no molestaré.

El abuelo la observó fijamente por encima de sus gafas, con su mirada sepulcral.

—No lo haces —dijo.

Y después de unos segundos de silencio que a Rebeca se le hicieron largos y tensos, añadió:

—Has crecido.

—Supongo —respondió ella.

El abuelo volvió a su lectura como si tal cosa después de emitir un leve gruñido, y ya sin mirarla señaló con su bastón hacia las escaleras de caracol situadas a la izquierda de Rebeca, justo enfrente de la salita, y le dijo:

—Hay una habitación al subir las escaleras, la primera puerta de la derecha. Era el dormitorio de tu padre.

—Gracias —murmuró Rebeca—. Subiré a colocar mis cosas.

El abuelo no respondió. Se quedó en el saloncito, replegado sobre el sillón orejero de color azul, concentrado en su periódico mientras las gotas de lluvia aporreaban ya con fuerza el cristal de la ventana, como si Rebeca se hubiera vuelto invisible de repente o no le importara en absoluto que estuviera allí. Parecía absorto, meditabundo.

Rebeca se dio la vuelta y se dirigió hacia la escalera. Se sentía angustiada. ¿Por qué la jueza no le había permitido quedarse en casa de su amiga y vecina Lucía? Al fin y al cabo el abuelo y ella eran dos extraños, apenas se conocían. Qué manía tenían los adultos de tratar a los niños como si fueran críos. A ella le habría gustado decidir con quién quedarse; por eso no le había confesado a la jueza lo asustada que estaba. No se lo había reconocido a nadie, solo a Lucía Delaida; a ella, puesto que era su mejor amiga, sí se lo

había dicho: ¡estaba muerta de miedo!, ¡no quería estar sola en su casa! Lucía le había propuesto de inmediato quedarse con ella el tiempo que hiciera falta. De hecho, así había sido al principio: sus padres, amabilísimos, dieron por descontado que se quedaría con ellos hasta que regresaran los suyos. Dijeron que se encargarían de todo: llamar a la policía, denunciar la desaparición... Sí, habría sido un consuelo quedarse con su amiga. Se llevaban estupendamente, vivían puerta con puerta y tenían prácticamente la misma edad... Pero no fue posible. La jueza se había personado en la casa de sus vecinos al día siguiente y había determinado que Rebeca permaneciera con un familiar hasta que se resolviera qué había sucedido con sus padres. Saber que no tenía más familia cercana que un abuelo había sobrecogido a Lucía, que tenía una numerosísima y ni se le ocurría cómo podía ser posible aquello: ella tenía cuatro hermanos, una abuela viuda que vivía con ellos, y tíos y primos desparramados por toda la ciudad. Rebeca no tenía a nadie más allá del abuelo por parte de su padre, y para colmo apenas se conocían. Sabía que tenía algún tío y primos por parte de su madre, pero vivían en otro país. Una vez, siendo muy pequeña, Rebeca le había preguntado a su madre si no iba a tener más hijos para que ella pudiera tener una hermana o hermano. El sexo del bebé a ella le daba igual. Su madre le había explicado que aquello no iba a ser posible porque le había sido muy difícil quedarse embarazada de ella, y el parto, además, había sido de alto riesgo. «¿Cuestiones médicas?», había preguntado Lucía. «Algo así», había contestado ella.

Qué lejos estaba ahora Lucía. Y por lo que veía iba a ser difícil estar en contacto con ella. No había visto ni ordenador ni teléfono en casa del abuelo. Se hubiera apostado lo que fuera a que no había ninguno en aquella casa, más vieja

que Matusalén. Y ella no tenía teléfono propio así que... sospechaba que iba a estar incomunicada de su amiga durante todo el tiempo que durase aquello. La única parte buena era que tendrían muchas cosas que contarse después.

Cuando Rebeca ascendió por las escaleras, los peldaños crujieron como una orquesta sin director. Un pasillo abovedado le abrió paso al piso de arriba. La entrada al corredor estaba reforzada con dos delgadas columnas de madera a cada lado, con curiosos símbolos incrustados en ella. Rebeca se entretuvo unos instantes observando los complicados detalles dorados cuando, de repente, tuvo la sensación de estar siendo observada. Miró a izquierda y derecha, al frente y finalmente atrás. No vio a nadie. De golpe, una pequeña sombra cruzó la escalera justo cuando ya iba a volverse, a la velocidad de un rayo. Fue tan rápido que Rebeca dudó si había visto algo realmente. ¿Lo había imaginado? Juraría haber visto un gato. No sabía que el abuelo tuviera gatos...

Al fondo del pasillo había una puerta cerrada. A su derecha estaba la primera habitación, donde debía instalarse, y un poco más allá, a la izquierda, había dos puertas más. La primera, entreabierta, dejaba ver la habitación del abuelo. La otra debía de ser un cuarto de baño. Del picaporte de bronce de cada puerta colgaba un saquito de lavanda, lo que impregnaba el corredor de un fragancia exquisita, mezcla de esa flor y la madera añeja.

Entró en el que sería su dormitorio y, aunque le pareció bonito, estaba desangelado, como si nadie lo hubiera usado en muchos años. Las paredes eran azules y había una multitud de estrellas de diferentes tamaños pintadas desordenadamente por la pared. Estas habían perdido el brillo que seguro habían tenido cuando su padre dormía allí de niño, pero aun así todavía conservaban algo de lustre. En la pared de la

izquierda habían sido dibujadas unas cuantas más, como si estuvieran descolgándose en pequeños grupos para reunirse con otras que, sobre el suelo de madera, formaban una constelación. Había también un búho tallado colgando del techo junto a una luna sonriente, una alfombra tejida en lana roja, naranja y verde, y un globo con el mapa del mundo que quedó dando vueltas sobre sí mismo cuando Rebeca lo impulsó. Aquello le gustó. Le encantaban los mapas y nunca había tenido uno de esos. Al fondo estaba la cama, unas cuantas cajas vacías apiladas contra la pared y un pequeño armario donde Rebeca puso las cosas que había traído, que eran pocas porque esperaba irse pronto. Colocó su ropa sin poner demasiado interés en el orden, y dejó sobre el pequeño pupitre unos cuantos cuadernos, su estuche y un par de libros que sacó del fondo de la maleta, entre ellos su atlas. Había sido un regalo de sus padres, y se lo había traído para entretenerse a pesar de sabérselo prácticamente de memoria.

No sentía curiosidad por saber cómo eran el resto de la casa y los jardines. Solo quería meterse en la cama y no salir hasta que fuera de día, y eso hizo. El abuelo únicamente la llamó para cenar y no pronunció palabra mientras comía, así que en cuanto hubieron terminado de recoger Rebeca salió disparada hacia su nueva habitación, de la que decidió no salir hasta la mañana siguiente. Todo, ¡todo!, era sumamente horrible, incluido el abuelo, que ni la había recibido como se merecía una nieta. Durmió toda la noche abrazada a la almohada pensando en sus padres, abrigada bajo la colorida colcha de retales, y muchas veces estuvo a punto de estallar en lágrimas por el giro que había dado su vida en esas tres últimas semanas.

Al amanecer, le despertó la luz del sol que entraba por la ventana. En breve, fue tan cálida y luminosa que Rebeca tuvo la sensación de que era una mañana de verano, y eso le alegró el humor. Dispuesta a tomar con mayor optimismo su estancia en casa del abuelo, se vistió para desayunar con él. Al salir, vio que la puerta de su habitación estaba abierta, que la cama estaba hecha y que él no estaba allí. Entonces lo buscó por la planta baja. No lo encontró por ninguna parte, así que después de esperarlo un buen rato finalmente tomó algo de leche de la nevera, un poco de pan para tostar, mantequilla y una deliciosa mermelada de frambuesa. Desayunó y fue a sentarse al salón. Ahora, a la luz del día, todo se veía mejor y parecía más cálido. Efectivamente, tal cual había supuesto, allí no había televisión, ni teléfono, ni ordenadores. Observó los cantos de los libros, que brillaban como el oro al recibir los rayos del sol. El abuelo había sido profesor y su oficio se reflejaba en la casa.

El tiempo transcurría lentamente. ¿Y si salía al jardín? Le pareció una buena idea y salió por la puerta de la casa. Contempló los altos tulipanes en las jardineras bajo la ventana de la salita y se dirigió al jardín trasero, que sin duda sería más amplio que el de la zona delantera. Una vez allí, le sorprendió la frondosidad imperante; daba la sensación de estar frente a un bosque tupido e impenetrable, lleno de vida. Rebeca dio unos pasos, tratando de seguir el sendero que se perdía en aquella profundidad de verdes. Al alcance de su mano nacían altas hierbas que le hacían cosquillas. Oía bien. Le llegaba el aroma de la lavanda y el jazmín y de los diversos árboles abrumados de frutos de invierno. Los helechos se agitaban mullidos entre sus piernas. Más allá, hacia la izquierda, descubrió un pequeño estanque, y después, a su derecha, cerca de la casa, se sentó sobre la base del tronco

de un enorme castaño, tan ancho que, según sus cálculos, harían falta cuatro personas para rodearlo entero. Sus raíces estriadas sobresalían de la tierra dando lugar a confortables huecos para sentarse. Los probó todos. Tras un buen rato merodeando alrededor de la casa volvió al interior, pero no había rastro del abuelo, así que subió a buscarle al segundo piso. La puerta de su habitación estaba ahora cerrada.

—¿Abuelo?

Dio varios golpecitos en la puerta, y como él no respondió, decidió entrar.

—¿Abuelo? —volvió a decir.

Ahí no había nadie. Miró al fondo del pasillo, a la habitación de la puerta cerrada. Tal vez estuviera dentro. Se acercó y llamó. Nadie respondió, pero al pegar la oreja creyó oír ruidos dentro. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Le llamó de nuevo, más alto, pero nadie respondió. No estaba allí. Tal vez había salido, o tal vez estuviera abajo, en la cocina.

—¿Qué haces?

Rebeca se volvió sobresaltada. El abuelo había surgido de repente detrás de ella, como un fantasma, y le había posado su huesuda mano en el hombro.

—Yo... solo te buscaba, pero la puerta está cerrada.

El abuelo le indicó severamente que no debía entrar en esa estancia de la casa, y la miró de una forma extraña que Rebeca no fue capaz de descifrar. Seguidamente se dio la vuelta y se metió en su habitación sin decir una palabra. No le vio durante el resto del día. Cuando llegó la hora de comer, Rebeca decidió hacerse ella sola su propia comida. Sin embargo, al entrar en la cocina con el estómago ya avisándola de que era hora de llenarlo, se encontró con un banquete esperándola. Había un delicioso estofado de carne

con... ¿Aquello eran patatas? Nunca había visto unas patatas cortadas de forma tan diminuta y minuciosa. Las probó y estaban sabrosísimas. Había también un pastel de zanahoria, ensalada de frutas variadas cubiertas de rica miel, y un montón de pastelillos con nata, fresa y trocitos de chocolate de diversos colores esparcidos por encima.

«El abuelo es de lo más raro», pensó Rebeca, sorprendida por la deliciosa comida. «No hay quien le entienda. Parece tan antipático y, sin embargo, me ha preparado todo esto...».

Solo había un plato dispuesto sobre la mesa, así que Rebeca entendió que ella sería la única comensal y que el abuelo, por el motivo que fuera, no deseaba bajar a comer con ella esa vez.

Al anoecer, sin embargo, el anciano la llamó para cenar juntos, aunque la mesa que había dispuesto nada tenía que ver con la espléndida y sabrosa comida del mediodía. Bueno, aquello no era importante para ella. Se consideraba capaz de adaptarse a cualquier circunstancia. Pero lo que más cuesta arriba se le hacía, aparte de no poder hablar con su amiga Lucía, era su silencio. El abuelo no pronunciaba palabra. Después de un rato, Rebeca decidió romper el hielo y dijo:

—La policía debe de seguir buscando a papá y mamá. A lo mejor saben algo ya, pero como no tienes teléfono... ¿Podemos acercarnos a la comisaría y preguntar?

El abuelo la miró y, de la forma más antipática posible, le respondió:

—La policía no podría encontrarlos ni aunque los buscaran durante cien años. ¿Es que tus padres nunca te explicaron nada?

Rebeca tardó unos momentos en responder, sorprendida por la reacción del anciano y enojada a su vez por el escepticismo que mostraba.

—¿Nada de qué?

El abuelo la miró fijamente. Rebeca intuyó que tras aquella mirada se escondían muchas cosas que se cifraban en un lenguaje que ella no podía comprender, un idioma en el que no hacían falta palabras. Su madre hablaba así con su padre muchas veces. Bastaba una mirada con las pupilas cargadas de intención para que su padre sonriera y se pusiera a preparar el desayuno, o asiera el violín y arrancara notas de música de sus cuerdas. Poco después el abuelo se levantó de la mesa dejándose la sencilla cena a la mitad. Rebeca se encogió de hombros. ¿Por qué estaba siempre tan enfadado? Cualquier cosa le molestaba. Su comportamiento, su forma de reaccionar, sus respuestas... resultaban inexplicables.

Y bajo esa rutina de miradas de reojo y actitudes inexplicables, empezaron a pasar los días.

El anciano solía entrar en su cuarto de madrugada, pasada la medianoche, y se quedaba contemplándola durante largo rato desde el umbral de la puerta, sin hacer un movimiento, hasta convencerse de que estaba dormida. En realidad, ella fingía hasta que se marchaba. Estaba despierta casi siempre debido a las constantes pesadillas que sufría desde que habían desaparecido sus padres, y así permanecía intrigada durante el resto de la noche preguntándose qué podía llevar al abuelo a mantener semejante comportamiento con ella. Era raro. ¿Qué quería? ¿Por qué la vigilaba?

Luego estaba aquella estancia al final del pasillo. Le intrigaba lo que se ocultaba tras esa puerta cerrada. La habitación prohibida. Una sala rigurosamente vedada para ella en la que el abuelo pasaba días y noches enteras. En alguna ocasión, durante el día, mientras él andaba por la planta baja, Rebeca había intentado entrar a hurtadillas, pero siempre estaba cerrada con llave. Por las mañanas, Rebeca se levanta-

taba temprano para desayunar con él. Después, el hombre se encerraba en la habitación que coronaba el corredor y solo salía para comer. ¡Si por lo menos hubiera podido ir al colegio! Pero era Navidad, el colegio estaba cerrado, y las horas se le hacían interminables. No se sentía a gusto en aquella casa en la que podía perderse durante horas, pero siempre sin compañía. Era como vivir sola, pues no importaba que su abuelo estuviera o no. No decía nunca nada. No hacía ruido. Siempre encerrado en la habitación prohibida.

Tras la cena, Rebeca regresaba a su cuarto para echar profundamente de menos a sus padres. En aquellos momentos no hacía más que pensar en ellos. ¿Dónde estarían? ¿Se encontrarían bien? ¿Cómo podían haber desaparecido sin tan siquiera dejar una nota? Sus padres nunca habían hecho nada similar. Tenía que haberles pasado algo grave, pero ¿qué podía hacer ella? El abuelo a veces salía de casa, y cuando volvía le decía que la policía seguía buscando y buscando, sin éxito. A Rebeca le bastaba con ver sus ojos para saber que no confiaba en que dicha búsqueda obtuviera resultados. Esas noches, cansada de pensar en círculos, trataba de conciliar el sueño, y cuando por fin lo conseguía, se acercaban de puntillas sus pesadillas.

Comenzaban siempre de un modo apacible, y cuando más confiada estaba en la agradable sensación de que todo era normal..., empezaba a notar que una presencia la acechaba, algo o alguien que estaba ahí aunque ella no podía verlo. Entonces un sentimiento de urgencia se apoderaba de ella, como si tuviera que avisar del peligro a los demás, a otros indefinidos personajes que la acompañaban en el sueño. Pero, pese a sus esfuerzos, nadie la escuchaba. De repente, el suelo, las paredes, el techo del lugar donde estaba se resquebrajaban violentamente como azotados por un tornado.

Todo salía volando y únicamente quedaba ella en pie, sola y aterida de frío, perseguida por la figura extraña y misteriosa. Había tratado de huir de ella, hablarla, verla..., pero siempre se ocultaba, a pesar de que estaba cerca, muy cerca, cada vez más cerca..., emitiendo una risa terrorífica que se tornaba atronadora. Rebeca sentía que iba a robarle algo importante, aunque no sabía el qué, y por fin se daba cuenta de que era ella misma, o una niña igual que ella, la que se reía y la mortificaba... Siempre se despertaba con el eco perdido de sus terroríficas carcajadas, sudorosa y agitada. Se miraba las manos temblorosas y se decía a sí misma que ya no era tan pequeña como para tener esos miedos nocturnos. Y se consolaba pensando que aquellos malos sueños se irían cuando volvieran sus padres. Tenía sentido que esas pesadillas, tan constantes, fueran consecuencia del pavor que sentía por su desaparición: una forma de canalizar la angustia.

Tras casi dos semanas en casa de su abuelo, Rebeca seguía enormemente triste. Y enfadada.

Aquel día Rebeca estaba sentada en mitad del salón, sin nada que hacer, cuando vio pasar a su abuelo. Él la miró a los ojos y prosiguió su camino hacia el piso superior.

—¿Puedo entrar en la habitación del fondo del pasillo? —dijo Rebeca en un arranque de valor, aunque solo fuera para provocarle.

Estaba deseando ver su reacción, pero él no respondió y siguió subiendo las escaleras. ¿Cómo podía ser así? ¿No iba a contestarle siquiera? Aquello era el colmo. Era la persona más antipática que había conocido jamás.

—No —respondió de pronto secamente, ya desde arriba—. No puedes entrar ahí.

Luego oyó el sonido de una puerta al cerrarse. Rebeca, arrebujaada en el sofá, estaba indignada y absorta. Lo cierto

EL PROFESOR BALVATIN

era que la incertidumbre que había divisado con tanta vaguedad al principio, esa sensación que había hecho de aquella estancia algo prohibido, no era ilusoria sino real. Definitivamente el abuelo ocultaba algo allí, y aquel pensamiento se convirtió pronto en un enjambre de suposiciones diversas sobre lo que podía albergar la misteriosa habitación, así que en aquel momento decidió que ella también vigilaría al abuelo. No cejaría en su empeño de averiguar, con pelos y señales, lo que ocultaba.

